Natalia

EN la Asamblea de la República se expresaba con la elocuencia arrebatada de casi todas las gordas, y los diputados la miraban como a un ave extraña y perturbadora que usaba un lenguaje que ellos ya casi habían olvidado. En sus discursos citaba con frecuencia a la Virgen María y al Espíritu Santo, pero si algún parlamentario se manifestaba especialmente hostil hacia sus tesis, era capaz de dar un giro pagano a su intervención y responderle mostrándole el trasero con un desparpajo impresionante.

En los asuntos relacionados con la igualdad entre hombres y mujeres, resultaba implacable. Cuando Natalia estaba en el uso de la palabra, a los machos diputados se les ponía indefectiblemente cara de póker y dirigían la mirada hacia otro lado para evitar la ira desatada de aquella feminista heterodoxa que, enarbolando adjetivos como espadas, arrasaba el hemiciclo con su oratoria militante sin dejar títere con cabeza.

No era, evidentemente, una política al uso. Le sobraban temperamento, genialidad e impaciencia. Y le faltaban sentido práctico y prudencia (que así se llaman, a veces, en política, la hipocresía y la medrosidad). Había dicho algo definitivo: "Los

que afirman que no intervienen en la política para no mancharse las manos, suelen usar esas mismas manos para llamar a las puertas de los políticos en busca de prebendas". Y ella se manchaba con todas las consecuencias, con toda la valentía, con todas sus limitaciones. Así, el don de la profecía, que en ocasiones es patrimonio de los poetas, no solía acompañarla cuando hablaba de la vida pública de su país. La recuerdo, por ejemplo, durante una encendida polémica en el Botequim, en vísperas de las últimas elecciones municipales, manifestándose convencida de la absoluta imposibilidad de que la coalición socialcomunista encabezada por Sampaio ganase en Lisboa, cuando para casi todo el mundo era evidente lo contrario. Tampoco parece que acertara en su encuadramiento político. Opositora a la dictadura salazarista antes del 25 de abril del 74, con la llegada de la democracia "se le aparece" Sá Carneiro y Natalia, tan proclive a relacionar realidad y mito, cree ver en este político al regenerador de la patria -o, como ella diría, de la matria- lusitana. Muerto su héroe en un accidente de aviación, acaba por ser diputada a partir del 87 en el extinto PRD inspirado por Ramalho Eanes, hasta que en 1991 abandona su escaño. Parece deducirse de todo esto un cierto rechazo de los partidos clásicos -PSP, PCP- y un posible despiste ideológico que la llevaban a alinearse con organizaciones que no estaban muy en consonancia con sus planteamientos vitales, que, en mi modesta opinión, fueron siempre de izquierdas. Basta un somero repaso a sus intervenciones parlamentarias para abonar esta idea. Afortunadamente, y por encima de adscripciones partidarias, nuestra escritora dijo siempre aquello que le apeteció, sin eludir los riesgos del escándalo y la heterodoxia cuando ello le parecía saludable para agitar las engañosamente tranquilas aguas por las que navegaba la vida política de su país. De aquí que, al margen de algunas apariencias, existiera una profunda coherencia consigo misma en todo lo que hacía.

Pero era en El Botequim donde la personalidad de Natalia Correia se mostraba en toda su plenitud. Allí oficiaba cada noche aquel anticiclón persistente y cálido de Las Azores. La primera vez que entré en el local, un muchacho con aire de seminarista arrepentido hacía sonar el piano, y la amiga que me acompañaba pidió que le dejasen interpretar alguna cosa; cuando terminó de tocar su fragmento de Albéniz, vimos cómo Natalia aplaudía con gran entusiasmo y se acercaba para invitarnos a su mesa.

Todo lo que concernía a España le despertaba un interés apasionado que enseguida producía una catarata de comentarios y opiniones -casi todos inteligentes y luminosos- por donde siempre asomaba la vehemencia de un iberismo más cercano al de los republicanos federales del XIX o al de la FAI que al de D. Miguel de Unamuno. Aquella noche, embalados por lo cordial del tema y por la abundante ingestión alcohólica, conversamos los diez o doce contertulios durante varias horas. Se habló de música, de política, de poesía, de las comunicaciones postales entre España y Portugal y, misteriosamente, del gran momento del teatro en Murcia, asunto del que pude enterarme gracias a las informaciones aportadas por Natalia, que acababa de regresar de un viaje a aquella comunidad. Luego hubo otras noches de Botequim y oyéndola (cada vez era más difícil intervenir, debido a lo caudaloso de su verbo), nos íbamos olvidando del personaje y de su probable megalomanía, que en ella no era sino un mecanismo de defensa ante el acoso de los mediocres, para fijarnos sólo en la certeza más importante: la de estar ante una gran mujer que creía hasta el final en lo que decía, incluidos, por supuesto, sus errores. Y esto, en los tiempos que corren, no es cosa baladí.

Sólo gracias a una gran capacidad de trabajo podía Natalia Correia compatibilizar su actividad pública con su quehacer de escritora. A lo largo de cuarenta años escribió casi cincuenta libros, de ellos dieciocho de poesía. Desde "As Grandes Aventuras de um Pequeno Herói" (1945) hasta el ahora póstumo "O Sol nas Noites e o Luar nos di as". Había producido una obra literaria proteica y exuberante (publicada en las editoras D. Quixote y O Jornal) que abarcaba los más variados registros: poesía, ensayo, teatro, novela. Títulos como "Rio de Nuvens", "Urna Estátua para Herodes" "A Pécora" o "Sonetos Románticos" resultan fundamentales para aproximarse al mundo personal de la escritora. Y su ensayo "Somos Todos Hispanos" es imprescindible si queremos comprender las claves de sus concepciones iberistas que, se compartan o no, nunca dejarán indiferentes al lector. Porque, tal y como decía Cernuda refiriéndose a Gide, de una autora como ella tanto puede aprenderse de sus aciertos como de sus errores.

Las muertes, en el plazo de quince días, de tres grandes escritores lusos -el poeta Manuel de Fonseca, el investigador y crítico António José Saraiva y la propia Natalia Correia- pueden ser un buen (?) motivo para que los españoles ampliemos nuestras reducidas zonas de contacto con la literatura portuguesa de hoy.

Que el mundo no se acaba en Saramago y Eugénio de Andrade, hombre. Los tres mencionados tienen un lugar asegurado en la nómina de los más notables autores portugueses del siglo. Pero, ¿y aquel otro lugar, allí en el barrio de Graça? ¿Quién se atreverá a entrar ahora en El Botequim y a soportar la abrumadora ausencia de la voz de Natalia?

Paco Faraldo

Lisboa, abril 93